

María Ospina Pizano

El rompecabezas de la memoria: Literatura, cine y testimonio de comienzos del siglo en Colombia

**Madrid: Iberoamericana Vervuert, 2019. 284 págs.
ISBN: 9788491920687**

Camilo A. Malagón / Ithaca College

María Ospina Pizano empieza su reflexión sobre la producción cultural colombiana del siglo XXI con la evocación de “desbarrancaderos, hilachas, retazos, rompecabezas, destrozados, destrucciones y caos” como figuras del “desmoronamiento psíquico, social y físico que ocupan un lugar privilegiado en diversas narrativas sobre la vida cotidiana colombiana durante el cambio de siglo” (16). *El rompecabezas de la memoria* examina la literatura, el cine y el testimonio del siglo XXI en Colombia a través de una perspectiva que resalta la relación entre violencia, memoria e historia, y dialoga directamente con otras aproximaciones a la violencia y la producción cultural en Colombia, como las de Juana Suárez, María Helena Rueda y Rory O’Byrne, entre otras.

En la introducción, la autora plantea que la producción cultural colombiana contemporánea propone preguntas fundamentales sobre el papel de la memoria para la comprensión del país. Más que simples comentarios o representaciones de la coyuntura actual, la producción cultural tiene incidencia en las discusiones sobre los procesos históricos y la memoria. En el primer capítulo, Ospina Pizano posiciona a Fernando Vallejo como el escritor fundamental para entender la narrativa contemporánea, además de aseverar que Vallejo es uno de los escritores más importantes de la literatura hispanoamericana actual. De acuerdo con Ospina Pizano, la preocupación por la gramática es un eje central de varios textos de Vallejo, y se enfoca en lecturas de *La Virgen de los Sicarios* (1994) y *El cuervo blanco* (2012) para estudiar su importancia en los textos de este autor. El segundo capítulo se centra en la narrativa colombiana de comienzos del siglo XXI, en la cual Ospina Pizano ve una preocupación por entender las dinámicas del trauma que dificultan la articulación del pasado. La autora analiza textos como *Delirio* (2004) de Laura Restrepo y *El ruido de las cosas al caer* (2011) de Juan Gabriel Vásquez, entre otros, los cuales proponen protagonistas que a través del duelo reflexionan sobre la opacidad del trabajo de la memoria y el esclarecimiento de la verdad. El tercer capítulo está dedicado a lo que Ospina Pizano llama el *giro rural* de la producción filmica colombiana del siglo XXI, compuesto por películas que exploran los espacios naturales y rurales del país como *Los colores de la montaña* de Carlos César

Arbeláez (2010), *El vuelco del cangrejo* (2009) de Oscar Ruiz Navia y *La sirga* (2012) de William Vega, entre otras. El estudio analiza cómo este giro ha generado también un enfoque en sujetos adolescentes e infantiles, víctimas y testigos de las violencias y procesos de guerra que sirven como sujetos que atestiguan la memoria histórica del país a través de sus experiencias vividas o se convierten en agentes que tienen incidencia en el presente histórico, ya sea como escrutadores de las acciones de los adultos o como generadores de cambio a través de sus propias acciones. El cuarto capítulo se enfoca en el proyecto cultural *Cartas de la Persistencia*, en el cual, durante unos meses del 2007, la sociedad civil colombiana fue parte de una escritura epistolar comunitaria contestando a la pregunta de cómo se puede persistir en medio de la adversidad en Colombia. Más de 5,000 cartas fueron escritas ese año, cartas que podían tener un destinatario específico o abstracto y que reflexionaban sobre las problemáticas nacionales del conflicto, la guerra y sus intersecciones con las realidades identitarias de sus autores y autoras. Ospina Pizano ve en este proyecto un potencial emancipador y transformador como reflexión compartida de la guerra, la violencia y el conflicto.

Uno de los interrogantes que deja el libro tiene que ver con que Ospina Pizano fuese una de las coordinadoras del proyecto *Cartas de la Persistencia*, estudiado en el cuarto capítulo: ¿cuál es su posición como mediadora cultural ante esta adjudicación de agenciamiento que ella ve en los autores y autoras de estas cartas? Además de esto, Ospina Pizano lee la producción cultural colombiana del siglo XXI con una valiosa generosidad en su carácter transformador de la sociedad que deja abierta la pregunta sobre si podría hacerse una lectura más oposicional (y menos generosa) de los textos estudiados. Sin embargo, Ospina Pizano presenta un paradigma productivo, poderoso y afirmativo de la producción cultural colombiana del siglo XXI.

El texto de Ospina Pizano tiene particular cercanía crítica con el estudio de Rory O’Byrne, *Literature, Testimony and Cinema in Contemporary Colombian Culture: Spectres of La Violencia* (Támesis, 2008). O’Byrne demuestra que hay una insistencia y una repetición de La Violencia, sus traumas y su

memoria, que desarticulan la posibilidad del olvido: un olvido activo y productivo que ayudaría a hacer un duelo colectivo como sociedad y propone un término como contra-duelo (*counter-mourning*) que se oponga a la reconciliación sin fricción que borra el importante trabajo político y social de la justicia y la restitución. A diferencia de O'Bryen, Ospina Pizano sugiere que la producción cultural colombiana contemporánea se sale de la oposición freudiana melancolía-duelo, y aboga por una crítica en torno a los actos de atestiguamiento, el trauma y la memoria, además de la violencia y el conflicto, para hacer una reflexión sobre los límites de estos conceptos y su actuar en los sujetos sociales. Sin embargo, este cuestionamiento del trabajo del duelo se enfoca en el trabajo psíquico de los sujetos representados y en el carácter transformador que estas representaciones pueden tener en las discusiones sobre la violencia, la memoria y el conflicto en Colombia. Es decir, los textos de Ospina Pizano y O'Bryen presentan diferentes aproximaciones a lo político. En el texto de O'Bryen, el contra-duelo busca poner el énfasis en el

discurso colectivo de la justicia y la restitución, mientras que en el de Ospina Pizano, el horizonte político está en el poder de la producción cultural como herramienta de interpretación transformadora, por su poder que, más allá de comentar sobre el panorama social, quiere transformarlo.

En el epílogo del texto, Ospina Pizano trae a colación una cita en la que García Márquez critica a los escritores de la época de La Violencia que, por enfocarse de forma tan acérrima en la representación de las atrocidades del período, no se permitieron “una pausa que les habría servido para preguntarse si lo más importante, humana y por tanto literariamente, eran los muertos o los vivos” (263). La producción cultural del siglo XXI, de acuerdo con Ospina Pizano, responde precisamente a este cuestionamiento y a este llamado: se preocupa por los sujetos textuales (y reales) y por cómo buscan rearmar el rompecabezas de su vida.